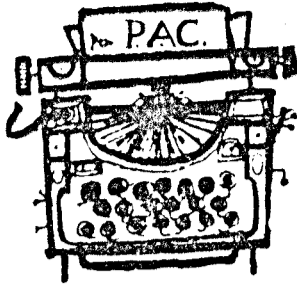


escrito a máquina

Dos señales de los tiempos



Hispanoamérica, más que el "Continente de la Esperanza" parece definirse actualmente como el Continente de lo Inesperado.

En un "Escrito" anterior llamé la atención sobre un fenómeno nuevo cada vez más relevante: el proceso de radicalismo de la Iglesia Católica en Ibero-América. Algunos (que temen llamar a las cosas por su nombre) me juzgaron exagerado cuando yo creí haber sido, solamente, objetivo. Sin embargo, una revista como "Foreign Affairs" —íntimamente ligada con el Departamento de Estado de Estados Unidos— recoge la misma impresión. En un artículo firmado por Thomas G. Sanders, leemos: "Hoy por hoy, ninguna institución está cambiando más rápidamente en América Latina que la Iglesia Católica y en direcciones que tienen implicaciones no sólo para definir nuevos vínculos entre el cristianismo y los valores sociales, sino también por el papel que la Iglesia quiere desempeñar en el desarrollo de esas regiones". Y luego agrega: "Medellín ilustra cómo temas que antes eran considerados radicales están adquiriendo una nueva respetabilidad por el consenso de las jerarquías... Los obispos insisten en que ellos quieren que la Iglesia participe, con otras instituciones, en lo que describen como un proceso de transformación".

Tan cierto es lo que advierte "Foreign Affairs" que incluso documentos tan comedidos como la última pastoral del arzobispo de Managua, se ven obligados a marcar una línea decididamente inconformista. Dice monseñor: "En SU TAREA LIBERADORA la Iglesia no puede tranquilizar a los oprimidos, adormecerlos en su servidumbre o alienarlos en su resignación". Luego, refiriéndose a nuestros sindicatos dice: "Estos deben ser ante todo un instrumento de lucha, de conquista, de reivindicaciones". Y agrega: "Corresponde a la Iglesia —en su tarea liberadora— denunciar las injusticias y **COMPROMETER A SUS MIEMBROS** en la transformación pacífica de las estructuras injustas, para que los hombres puedan convertirse en artífices libres de su destino".

En otro párrafo, citando la Encíclica "Populorum Progreso", monseñor afirma que "la solución justa y cristiana de los múltiples problemas que plantea... el desarrollo, exige reformas profundas que pueden incluso, **RECLAMAR MUTACIONES SUSTANCIALES DE ESTRUCTURAS Y ORGANIZACIONES TRADICIONALES Y SECULARES Y HASTA SU MISMA SUSTITUCION POR OTRAS MAS ADECUADAS, ACTUALES Y JUSTAS**" Y se pregunta: "Ahora bien, **ESTA EXIGENCIA INELUDIBLE** ¿puede obtenerse por evolución? Porque el ideal sería fomentar la evolución y encauzarla, **PARA QUE NO QUEDE EXPEDITO EL CAMINO REVOLUCIONARIO**".

La pregunta es un reto. Y no parece que hayan meditado mucho en ella los que creen que la condenación de las guerrillas basta para contestarla y para dar luz verde a un continuismo o "statu quo" político, social y económico que es lo opuesto, lo absolutamente opuesto a "la exigencia ineludible" de cambio que la Iglesia demanda junto con sus pueblos.

Pero hablábamos de América como continente de lo inesperado. Y si nos hemos detenido a observar, esta semana, nuevamente, la corriente de "transformación que se advierte en la Iglesia, habría también que observar otra corriente sorpresiva: la que comienza a producirse desde la vertiente de las Fuerzas Armadas.

Hasta ayer se tenía como axioma político que la Iglesia y el Ejército eran los baluartes inmovibles del viejo orden y del espíritu conservador. Ahora estamos viendo lo contrario. El caso del Perú y —con perfiles todavía caóticos— el caso de Bolivia revelan una inesperada variante en las trilladas revoluciones militares de nuestra historia continental.

El caso del Perú, sobre todo, es importante estudiarlo por la forma original, autóctona y experimental en que se va modelando su proceso revolucionario. Ya resulta sorpresiva —por no decir inaudita— la adhesión que ha logrado la Junta de Gobierno de los grupos de izquierda, incluso los marxistas por un lado, y de la Iglesia Católica por otro. Resulta también interesante su línea —ni capitalista, ni comunista— cuyo objetivo parece ser, en lo exterior, "romper los lazos de dependencia para que el país sea dueño de sus decisiones y en lo interno, el traslado del poder político y de los beneficios económicos de la oligarquía al pueblo, promoviendo al hombre". Tanto la forma de armonizar propiedad y socialización, como las experiencias cooperativas, la reforma educacional o los cauces que se están abriendo para la participación popular en el proceso revolucionario, revelan un plan serio con objetivos precisos, un proceder decidido pero prudente, algo

1 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

que, —aunque tenga equivocaciones y errores— definitivamente distingue al golpe militar peruano de todos los golpes de estado y cuartelazos que le han precedido (de 95 gobernantes peruanos, 61 han sido militares).

Un comentarista europeo anotaba: “Por primera vez los militares no atacan al indefenso sino al poderoso; por primera vez no derrocan a un gobierno para recuperar privilegios o para mantenerlos, sino para transformar las estructuras sociales, económicas y culturales en beneficio de la mayoría marginada”.

El mismo comentarista cuenta lo que el propio jefe de gobierno expresó en una entrevista: “que el Ejército peruano en su enfrentamiento con las guerrillas había derivado la convicción de que las ideas no se liquidaban con ametralladoras sino encarando sus motivaciones. En la rebeldía de la juventud el Ejército vio un fundamento de justicia y comprendió que el método de evitar que una juventud se lanzara a la muerte era promover el mismo Ejército ese fundamento de justicia”.

Las agencias noticiosas han silenciado adrede la aventura peruana. Sin embargo, con el silencio, con la ignorancia, no se defiende el curso de la historia. América ha entrado al vórtice de un trascendental “período constituyente”. Abocada a un insoslayable proceso de cambio, todas las experiencias de un país no sólo interesan sino que repercuten, quierase o no, en los demás países porque Hispano América es una unidad, como unidad ha producido todos los movimientos que definieron su historia y sólo en unidad puede resolver la magnitud y totalidad de sus ingentes problemas.

La historia “nuestra” —no nos quepa duda— se está encubriendo en parte en las tierras vecinas del sur. No es malo que nos asomeemos a la ventana.

PABLO ANTONIO CUADRA